

Llevábase en las naves la hostia consagrada; y los altares, los sacerdotes, los oficios divinos y los consuelos del Viático los presentaban como restos de un ejército cristiano; el rey bendecía al Señor por haberle librado de los peligros de la tierra y de una terrible borrasca en el mar. « Cuando el rey (dice Joinville) nos vió salvos » de aquellos dos graves peligros, corrió á la » cubierta de la nave donde yo estaba y me » dijo : « Senescal, ved cómo nos ha mostrado » Dios su gran poder cuando con uno solo de » los cuatro vientos del mar, el rey, la reina, » sus hijos y otros muchos barones han estado » á punto de quedar ahogados. Creo por tanto » que debemos tributarle muchas gracias. » El » santo rey no podía dejar de hablar del peligro » pasado, y de que Dios nos habia manifestado » su gran poder; y me decia : « Senescal, » cuando suceden á los hombres estas y otras » tales tribulaciones, opinan los Santos que son » avisos del Señor, que nos dice ved cómo po- » dria dejaros perecer si quisiera. Por tanto, de- » cia el buen rey, debemos mirar si hay en » nosotros algo que pueda desagradar á Dios, » nuestro criador; y tan pronto como encuentre- » mos alguna cosa de su desagrado, debemos » quitarla y arrojarla de nosotros; si así lo » hacemos nos amará mucho y nos guardará de » otros peligros. Pero si obramos al contrario, » despues que nos haya amenazado, nos enviará » alguna gran desgracia ó de muerte ó de daño » del cuerpo, ó nos dejará bajar al infierno para » siempre. »

Aquel rey, que desde lo alto de la nave predica á los escasos restos que vuelven de la desgraciada expedicion, es el verdadero retrato de un caballero y de un Cruzado de entónces; mucho mas nos admiraremos, si notamos que, bajo el vestido de peregrino y el lenguaje de un fraile, está uno de los mas grandes reyes que se han sentado en los tronos de Europa.

Tan inútiles habian sido las empresas acometidas en el fuego del entusiasmo, como esta en que se habia hecho todo con la mayor prevision: los señores iban por obedecer á su jefe, no por voluntad propia; un gran rey mantenía la disciplina y edificaba con su ejemplo, y sin embargo no se obtuvo mas gloria que la de haber sufrido dignamente la desgracia. Pero si las edades sucesivas han conocido siempre cuán importante era para la Francia plantar una colonia en África, no se podrá ménos de alabar á Luis por haberlo intentado, cualquiera que fuese el resultado de su empresa. Los Egipcios demoliéron á Damietta y obstruyeron la embocadura del Nilo por miedo de una nueva tentativa.

Las discordias de Palestina, que habian estado amortiguadas por el peligro, volvieron á estallar entre los Hospitalarios y Templarios, Genoveses y Venecianos, y frecuentemente llegaba á correr la sangre. Tambien en Egipto el poder fundado en la usurpacion se hallaba combatido por nuevas usurpaciones, que siempre iban á parar al despotismo militar. Cuando los Mogoles

cayeron sobre ellos, los mamelucos, poniendo á su cabeza á Kutuz, el mas valiente de los emires, destrozaron á aquellos Bárbaros. Á la sazón querian hacer la guerra á los Cristianos, porque habian favorecido á los Tártaros; y como Kutuz se opusiese á ello, le mataron, poniendo en su lugar á su asesino Bibars. Este, *columna del islam y padre de las victorias*, declaró inmediatamente la guerra, subyugó y destruyó ciudades, tomó á Antioquia sin trabajo y la devastó cruelmente, arrasó la Armenia, amenazó a Tolemaida y llevó prisioneros á los que escapaban de su espada ó no querian renegar, de tal modo que « no hubo esclavo de esclavo que no tuviese un esclavo. » Cuando algun príncipe le enviaba comisionados para aplacarle, contestaba : « Aho- » ra voy á segar vuestras mieses; pronto sitiare » vuestra capital. » La matanza era para él un motivo de orgullo, y al describir al conde de Trípoli la toma de Antioquia, exclamaba : « Llegó » la muerte á los sitiados por todas partes, por » todos los caminos : exterminamos á los que » custodiaban la ciudad y las murallas. Si hu- » bieras visto á tus caballeros pisados por los » caballos, entregadas al saqueo tus provincias, » pesadas en la balanza tus riquezas, y las mu- » jeres de tus súbditos vendidas en pública » almoneda; si tú hubieses visto los pulpitos y » las cruces por el suelo, las hojas de los Evan- » gelios esparcidas al viento, y violados los » sepulcros de los patriarcas; si hubieras visto » á tus enemigos los musulmanes andar sobre » el Tabernáculo é inmolar en el santuario al » monje, al sacerdote, al diácono; si hubieses » visto tus palacios en poder de las llamas, los » muertos devorados por el fuego de este » mundo, las iglesias de San Pablo y de San » Pedro completamente destruidas, habrias » exclamado seguramente : Así permitiera el » Cielo que yo fuese polvo. »

Estas terribles noticias llegaron á Europa á la vez que los últimos gemidos de Constantinopla. Balduino II, su emperador, solo se sostenia en el trono con las limosnas de la Cristiandad, y se vendian para atender á los escasos gastos de la cocina imperial los tejados de plomo de las iglesias, la madera de los edificios públicos y hasta las reliquias; dejó en prenda su propio hijo á los Venecianos; y á un comerciante á quien debia quinientos francos, no le pudo dar mas fianza que la palabra del rey de Francia. Entre tanto continuaba molestando al imperio Vatace, emperador de Nicea, y despues su hijo Teodoro Lascáris II; pero como por la prematura muerte de este último quedó solo su hijo Juan, el ambicioso Miguel Paleólogo, despues de haber obtenido la tutela por medio de delitos y de astucia, hizo que le nombrasen déspota y colega del imperio, y en seguida que le coronasen solo; y viendo á sus súbditos cautivados con sus concesiones, determinó sorprender á los enemigos. Fingió concederles una tregua é invadió á Constantinopla que no estaba defendida por un solo soldado, gritando : *Viva Miguel Paleólogo, em-*

1266.

Bibars.

1260.

Fin del imperio latino.

1260.

Miguel Paleólogo.

1264. *perador de los Romanos*, ántes que, Balduino tuviese el menor aviso del peligro. Este último emperador latino consiguió huir de Constantinopla, donde habia reinado treinta y tres años, y terminó su vejez como su juventud, mendigando por Europa. Los emperadores de Nicea volvieron al trono de Bizancio, y Miguel habiendo hecho dejar ciego á Lascáris, estableció la dinastía de los Paleólogos.

Corrian por Europa las noticias de estos sucesos, pero los príncipes se contentaban con mandar mensajes al soldan del Cáiro pidiéndole la paz y envalentonándole de este modo á continuar la guerra. Solo San Luis, que llevaba siempre la cruz en el vestido, manifestaba su resolucion de volver con otra Cruzada. Reunido en el Louvre el parlamento, apareció en él llevando la corona de las santas espinas, y anunció que queria hacer la guerra á los infieles; tomó la cruz del legado y llevó consigo muchos señores y el importe de cuatro años de la décima de los bienes del clero y una capitacion sobre sus súbditos. Los prudentes desaprobaban la empresa, y Joinville no quiso tomar parte en ella, diciendo que pecaba mortalmente el que se la aconsejase al rey; sin embargo, le secundaron muchos de todas partes, pareciéndole de buen agüero el mensaje del kan de los Mogoles al papa proponiendo que se aliaría con los Cristianos para destruir á los mamelucos.

Concluidos los preparativos en tres años, Luis levantó las áncoras, y cuando se esperaba que se dirigiese á Acre, único asilo de los Cristianos, ó á Egipto, se ve que dobla hácia Túnez. El príncipe de este país habia enviado muchas veces embajadores á Francia mostrándose inclinado á la religion cristiana; y Luis se lisonjeó con convertir por las armas aquel vasto territorio. Acaso eran inspiraciones de Carlos de Anjou, á quien, como rey de Sicilia, convenia mucho destruir aquel nido de piratas; pero el buen Luis decia que nada le consolaria tanto como llevar al bautismo á un príncipe musulmán; manifestándose dispuesto á pasar toda su vida en una cárcel sin ver el sol, con tal que pudiese convertir al rey de Túnez.

Arribó á una bahía á nueve millas de Túnez, é inmediatamente pusieron en el castillo de la ciudad de Cartago la bandera de las flores de lis. Pero el rey de Túnez, léjos de bautizarse, envió á decir que iria á buscarlos con cien mil hombres; y en efecto, iba recogiendo á los musulmanes de toda el África y molestaba sin cesar á los Cristianos. Faltaba el agua; el polvo del desierto levantado por el aire quitaba la respiracion; la disenteria y despues la peste debilitaban á los Cristianos que estaban encerrados en su campamento y precisados á mantenerse continuamente en defensa. Aquel Tristan que nació en Damietta, hijo predilecto del rey, fué una de las primeras víctimas, despues lo fué el legado pontificio y luego otros señores. San Luis no solo no carecia de valor, sino que sostenia el de los demas; pero fué tambien acom-

1270.  
18 de julio.

tido de la enfermedad, y mandando que le pusiesen delante una Cruz, invocaba á Aquel que murió en ella. Llamó á su hijo Felipe, destinado á sucederle, y despues de despedirse por última vez de él, le dijo : « Hijo mio, conserva las » buenas costumbres del reino y corrige las » malas; guárdate de los excesivos deseos, y no » impongas grandes contribuciones á tu pueblo » sino cuando necesites defender el reino. Cuando » tengas algun odio, díselo al momento á tu » confesor ó á otras personas prudentes, y se » calmará con sus buenos consejos. Procura » tener á tu lado hombres sabios y leales; escucha la palabra de Dios, consérvala en tu corazon y promueve continuamente rogativas y » perdones. Sé celoso de tu honor; no permitas » en tu presencia á los que digan palabras que » inciten á pecar, ni á los que hablen mal delante » de ti ni á tu espalda. Pobres ó ricos, haz á » todos recta justicia. Muéstrate liberal y firme » en tu palabra con tus servidores, para que te » amen y teman como señor. Si se origina alguna » disputa, infórmate bien de la verdad, trátese » de ti ó de otro. Si te advierten que posees » bienes ajenos, sean adquiridos por ti ó por » tus predecesores, haz por volverlos inmediatamente. Cuida de que durante tu reinado » vivan todos en paz y gobernados con justicia. » Conserva las franquicias y libertades conser- » vadas por tus antecesores; porque siendo tus » ciudades ricas y poderosas, se abstendrán tus » enemigos de acometerlas. Cuando el huérfano » y la viuda recurran á ti como juez, ponte de » su lado contra el fuerte, hasta que averigües » la verdad. Evita sobre todo la guerra con los » Cristianos; pero si te obligan á hacerla, procura que no sufra el pobre pueblo. Concede » la autoridad á personas que sepan usar de ella, » y castiga sus abusos, porque si debes aborrecer el mal en otros, debes odiarlo mucho mas » en aquellos que han recibido de ti el poder. » Y concluyó bendiciéndole y augurándole la felicidad en la otra vida. Con igual cariño se despidió de los demas y no quiso ya pensar mas que en Dios, y con devotas jaculatorias é invocando á San Dionisio como acostumbraba en las batallas, y nombrando á la Jerusalem terrena porque tanto habia anhelado, abrió los ojos á la celestial.

En aquellas playas donde Luis murió, vencido y desgraciado, pero lleno de gloria, Cartago habia sido en otro tiempo poderosa, y el viajero que allí arriba, ántes de acordarse de Aníbal ó de Mario, llorando sobre las ruinas de la émula de Roma, ó de Caton con quien pereció en Utica la aristocracia romana, dirige su pensamiento á aquel rey mártir voluntario y á sus últimas palabras, y siente cuánto poder existe en el heroísmo santificado por la devocion. Si conía en que la tierra de Cipriano y Agustin vuelve de nuevo á la sociedad cristiana, no lo puede esperar sino de la Cruz que Luis fué á plantar en aquella costa, y que el rey Sebastian de Portugal y el cardenal Jiménez habian inten-

Muerte de San Luis.

28 de agosto.

tado levantar, la cual se halla hoy olvidada confiando en los nuevos recursos producidos por la civilización, y en la perfección á que ha llegado la táctica.

El campo cayó en el mayor abatimiento, tanto por la pérdida de semejante rey, como porque quedaba sin jefes, en atención á hallarse Felipe muy enfermo; pero Carlos de Anjou que llegó de Sicilia en aquel mismo día, tomó el mando y continuó la guerra. Los soldados se animaron por fin al salir de las trincheras y consiguieron una victoria, de suerte que el rey de Túnez propuso la paz y pagó á los Franceses los gastos de guerra con doscientas mil onzas de oro: se restituyeron recíprocamente los prisioneros, y prometió pagar anualmente cuarenta mil escudos de oro al rey de Sicilia.

Embarcáronse los Cruzados para esta isla, pero una horrorosa tempestad echó á pique diez y ocho naves grandes, muchas pequeñas y cuatro mil Cruzados. El rey de Sicilia, que pensaba aprovecharse de aquella empresa, propuso á los Cruzados la conquista de la Grecia, y habiéndose negado á ello, confiscó á su favor las naves y efectos naufragados, de manera que los Franceses no llevaron á su patria mas que luto y miseria. Cocido el rey, como entonces se acostumbraba (1), porque no se sabía embalsamar, envió Carlos las vísceras á Monreal de Palermo, y los huesos y el corazón quedaron con el ejército hasta que Felipe los llevó á Francia con los cadáveres de su hermano y su mujer, muerta en Calabria. Al cabo de pocos años tuvieron eco en el Vaticano los deseos del pueblo, y se concedió el título de Santo á aquel á quien todos se lo llamaban; y Bonifacio VIII exclamó: « Casa de Francia, alégrate de haber dado al mundo un príncipe tan grande. Pueblo de Francia, alégrate de haber tenido un rey tan bueno. »

Joinville vivía en aquel tiempo, por lo que participó de la alegría universal y concluye así su narración: « Gran honor fué para todo su linaje, es decir, para los que sigan sus huellas; mientras que será un baldón para aquellos de su estirpe que no le imiten, y serán señalados con el dedo, diciendo: aquel santo varón no hubiera cometido jamás tal maldad ó tal villanía. »

Aquí se cierra el gran drama de las Cruzadas. Algunos pasaron entonces á Palestina, pero los Cristianos de allí comprendieron muy bien que tan escasos socorros no podían asegurar un reino que estaba reducido solo á San Juan de Acre. Tibaldo Visconti, que había sido elegido papa, al abandonar aquella ciudad, había dicho con el salmista: *Cubra el olvido mi alma, si no me acuerdo siempre de ti, Jerusalem*, y en el concilio de Lyon exhortó vivamente á la Cruzada; asistieron á él los embajadores de los Mogoles para contraer alianza contra los musul-

(1) Bonifacio VIII, en 18 de febrero de 1300, prohibió hacer pedazos los cadáveres y cocerlos, como una barbarie detestable.

manes, y algunos se convirtieron ó al ménos fueron bautizados; Paleólogo prometía auxilios, y Rodolfo de Habsburgo tomar la cruz; pero se llevó el viento las promesas. Con trabajo se defendían aquellas pobres posesiones, y el título de rey de Jerusalem era disputado entre el rey de Chipre, el de Sicilia y María de Antioquía, y muchas veces se combatió por un nombre á que no podían dar realidad (1).

Bibars no dejó pasar día en los diez y siete años que reinó sin acometer alguna empresa, y era tan cruel con los súbditos como con los enemigos, porque temiendo ser arrojado del trono de la manera que él lo había hecho con otros, castigaba atrozmente la mas leve sospecha. Así conservó el poder, pero no pudo transmitirle á su descendencia, que fué sometida á otros guerreros: Kalil Asraf, que era el emir mas valiente, llevó á cabo la ruina de los Cristianos, que entonces solo subsistían haciéndose olvidar, y prometiendo que avisarían á los musulmanes si se preparase en Occidente alguna expedición. Pero el enemigo, habiendo tomado á Tripoli, se dirigió á Tolemáida, donde estaban los representantes del rey de Nápoles, de Chipre, de Francia y de Inglaterra, el legado del papa, el patriarca de Jerusalem, el príncipe de Antioquía, las tres órdenes militares, algunos Venecianos, Genoveses, Pisanos, Armenios y Mogoles, cada uno con cuarteles, jurisdicciones y oficios diferentes, todos con derecho de soberanía, siendo de distinto país y frecuentemente enemigos. Porque llevaban allá no solo las enemistades de nación á nación, sino también las dimensiones de su patria y una contienda provocada en Pisa ó en Ancona iba á decidirse á Acre, sirviendo las casas de fortalezas y mandando todos sin que ninguno obedeciese. Asaltada la ciudad por Kalil Asraf, pidieron socorros á Europa (2); pero estaban destinados á espirar como el Orlando de los romances, tocando el cuerno para pedir ayuda y desesperando obtenerla. Viéndose reducidos á sus propias fuerzas, se defendieron como héroes, particularmente los caballeros; ¿pero para qué nos hemos de extender mas? cayó la última defensa de las Cruzadas, y al cabo de dos meses las demas plazas. « De los Templarios solo se salvaron diez y ocho; de los Hospitalarios diez y seis; y se arrepintieron de haber huido », dice Guillermo de Chateaufort, gran maestro de los Hospitalarios. El musulmán quedó seguro alabando á Alá en las tierras que por algun tiempo habían repetido de nuevo las alabanzas de Cristo.

(1) Cuando Esteban de Lorena, como gran duque de Toscana, envió en 1747 á Constantinopla un internuncio para concluir un tratado de comercio, la Puerta (que aunque muy pomposa en sus títulos, tendría sin embargo por absurdo llevar el de países que no posee) vió con extrañeza que el gran duque se titulaba rey de un país que poseía el Turco, y dió esto tanto ruido que hubo que expedir nuevas credenciales al internuncio. De lo cual se jacta el historiador turco Isa, como de un gran triunfo sobre las pretensiones austríacas.

(2) Entonces emprendieron las damas genovesas una Cruzada que se ha conservado en la memoria del pueblo.

De las tres órdenes religiosas militares, la de los Teutónicos se engrandeció en Alemania hasta que llegó á ser poder soberano; los Templarios excitaron con sus riquezas la codicia de un rey, que encontró acusaciones suficientes para condenarlos al fuego, y los Hospitalarios se sostuvieron en Chipre y despues en Ródas y en Malta, de donde les vino el nombre bajo el cual existe hoy una sombra de lo que fueron.

Ni entonces ni despues dejó de hablarse en Europa de Cruzadas, y los papas no las olvidaron nunca, así como los poetas las pidieron en todas las lenguas; pero había pasado su época. Raimundo Lulio y Marin Sanuto trataron de resucitar aquel amortiguado entusiasmo. El primero se presentó en el concilio de Viena (1311), para hacer que se estableciesen cátedras de lenguas orientales en las universidades de Roma, Bolonia, Paris y Salamanca (1), presentó al papa muchos escritos sobre el modo de abolir el islam, viajó por Tierra Santa, Siria, Armenia y Egipto, y volvió luego á referir las desgracias de los Cristianos y á discurrir los medios de repararlas. No consiguiendo nada con los Cristianos, pasó á África para convertir á los Moros; pero tampoco sacó ningún fruto y se retiró á Mallorca, donde escribió acerca del mismo asunto, hasta que habiendo vuelto á África sufrió el martirio (2).

En 1321 Marin Sanuto presentó el proyecto de un desembarco en Egipto, en que calculaba que para quince mil peones y trescientos caballeros, contando las naves, las municiones y los aparejos, podían bastar veintiuna veces cien mil florines de dos sueldos que harían catorce millones de francos; y tuvo la constancia de ofrecer su proyecto á todas las cortes y de sufrir su desprecio (3). El Petrarca ensalzó la empresa (4); y habiéndose divulgado la noticia de esta expedición por Egipto y Siria, los Cristianos del país que estaban sometidos á los Sarracenos, y aun los mercaderes que entonces se hallaban en

(1) Tom. III, pág. 887.

(2) Fray Felipe Brusario de Savona, profesor de teología en Paris, escribió el *Sepulcro de Tierra Santa*, exponiendo los medios de recobrarle: fué enviado por Benedicto XII en 1340 con Pedro del Orto, cónsul de Caffa, y con Alberto de la misma colonia, á Usbeck, emperador del Capchak, de quien consiguió que se predicase el Cristianismo en los alrededores del mar Negro.

(3) V. libro XIII, cap. 30. Un tal Antonio de Archiburgo, natural de Trento, escribió también en 1391 un libro de guerra sobre el modo de recobrar la Tierra Santa, que se halla manuscrito en la biblioteca real de Paris. En 1333, Guido de Vigevano, médico del emperador Enrique VII y despues de Juana, reina de Borgoña, escribió el *Thesaurus regis Francie requisitionis Terra Sancte de ultra mare, nec non sanitatis corporis ejus, et vite ipsius prolongationis, ac etiam cum custodia propter venenum*; donde da preceptos higiénicos y consejos estratégicos para defender las tierras contra los Sarracenos y atacar sus fortalezas. El Milanés Lampo de Biraghi, protegido por Francisco Estorcía, escribió: *Ad Nicolaum V pontificem strategicon adversus Turcos*, en que propone para la Cruzada un ejército enteramente italiano de 1,200 caballos y 15,000 infantes, y ademas 5,000 hombres de caballería ligera de otros países: que se envíe al cardenal Bessarione, que desembarque en Morea y excite á los pueblos á la sublevación, creyendo que para esto bastarán dos años, ó á lo mas tres.

(4) *O aspettata in ciel beata e bella*, etc.

aquellos pueblos, sufrieron grandes vejaciones y diversos tormentos, hasta el punto de ser algunos muertos por los señores sarracenos, y arrebatados sus bienes con el pretexto de que eran empresarios de la expedición; por lo cual un valiente fraile italiano llamado Fr. Andres de Antioquía, lleno de fervor compadeciéndose de las injurias que recibían los inocentes Cristianos, salió de Siria para Aviñon, donde estaba la corte de Roma. Llegó allí cuando el rey Felipe de Francia volvía peregrinando desde Marsella á Aviñon, despues de haber pasado con mucho el tiempo de su promesa, sin que por esto le reprendiesen el papa ni los cardenales: ya había obtenido la vénia del Padre Santo, pasado el Ródano y comido en la noble casa de San Andres, mandada construir por el señor Napoleon de los Ursinos de Roma para recibir en ella al rey de Francia y demas personas reales; y el rey estaba ya á caballo para tomar el camino de Paris, cuando el valiente Fray Andres, habiendo conseguido de los escuderos de los cardenales que le dejasen conducir por el freno al caballo del monarca, luego que este salió de la casa se agarró á la brida. El religioso tenía la barba larga y cana y aspecto de santo, y por atención á él el rey se detuvo y Fray Andres le dijo: « ¿ Eres tú aquel Felipe, rey de Francia, que ha prometido á Dios y á la Santa Iglesia ir con su poder á librar de manos de los pérfidos Sarracenos la tierra donde Cristo, Nuestro Salvador, quiso derramar su inmaculada sangre por nuestra redención? » Él respondió que sí, y el venerable religioso le dijo: « Si lo has prometido y tratas de ejecutarlo con pura intención y fe, ruego á aquel bendito Cristo que quiso sufrir su pasión por nosotros en aquella Santa Tierra, que enderece tus pasos á una completa victoria y entera prosperidad para ti y para tu ejército, que te dé en todas las cosas su ayuda y su bendición, aumente con su gracia tus bienes espirituales y temporales, y que seas tú el que con tus victorias libres del oprobio al pueblo cristiano, destruyas los errores del inicuo Mahoma y purifiques y limpies aquel venerable lugar de las abominaciones de los infieles para mayor gloria tuya. Pero si despues de principiada y publicada esta empresa, lo cual acarrea el tormento y la muerte á los Cristianos que viven en aquel país, no tienes intención de llevarla á cabo con el auxilio de Dios y engañas á la Santa Iglesia Católica, caiga la ira de la divina indignación sobre ti, sobre tu casa, sobre tus descendientes y sobre toda tu estirpe, y venga contra ti y tus sucesores en presencia de los Cristianos el azote de la Justicia Divina, y grite á Dios contra ti la sangre de los inocentes Cristianos, derramada por la noticia de esta expedición. » Turbado el rey al oír esta maldición, dijo al religioso: « Venid junto á mí, » y Fray Andres respondió: « Si fuérais hácia la tierra de promisión en Oriente, iría yo delante; pero como vuestro viaje es

1297.

Fin de las Cruzadas.

1274.

1290.

Sitio de Acre.

1291.

« hacia Poniente, os dejaré marchar, y yo volveré á hacer penitencia de mis pecados en aquella tierra que habéis prometido á Dios » sacar de manos de los perros sarracenos (1). »

Era tanta la preponderancia que tenia aun el nombre de Jerusalem, que las últimas palabras de Fray Andres llevaron la incertidumbre y la turbación al ánimo de aquel poderoso monarca; pero nuevas revueltas políticas ocuparon su atención. El que recuerde á Pedro el Ermitaño y á Bernardo, yendo con sus pobres vestidos á exponer las miserias de la Ciudad Santa, notará el extraño contraste que presentan con los preparativos hechos en Lila, corte de Felipe el Bueno, duque de Borgoña. Las fiestas y los regocijos ahogaron el fastidio de los caballeros que esperaban á los otros; y en el festin dado por el duque de Cléveris, subió una dama sobre una mesa donde estaba el duque de Borgoña, y arrojándose delante de él, le puso en la cabeza una guirnalda de flores, y anunció que al cabo de diez y ocho dias daría el mismo duque un gran banquete. En él la magnificencia fué cual convenia á tal reunion, y al señor mas rico y esplendido de la Cristiandad: encima de una mesa se veía una iglesia con órgano, campanas, fuentes, naves y prados, y en medio un San Andres crucificado; en otra un pastel que encerraba una orquesta entera de veintiocho músicos, y un castillo con fosos y torres, una viña que contenia dos frutos, del bien y del mal, un desierto con tigres, selvas y caza, y un lago rodeado de poblaciones, la tercera mesa sostenia un buhonero con toda clase de géneros, una floresta india y un leon. Pasaré en silencio los vasos de oro, las estatuas que echaban vino ó hipocras, un leon vivo, y el lujo del duque que llevaba encima por valor de un millon de escudos de oro en piedras. ¿Cómo sería la sala para contener tantos convidados, tantos espectadores y tantas máquinas!

Todos los platos bajaban del techo en un carro de oro y azul, entre músicas, y se sirvieron jabalíes enteros. Se amenizó la comida con *intermedios*, es decir, representaciones. Despues de haber algunas de estas, entra de improviso un gigante vestido á la antigua, llevando un elefante, sobre el cual habia un castillo con una mujer llorando y de luto; la cual, al llegar en medio de la sala, mandó al gigante que se parase, pero él no obedeció hasta que estuvo delante del duque. Entonces la prisionera, que representaba la religion, expuso en una larga queja en verso la opresion que sufría de los infieles, y el descuido de los que debian ayudarla. El heraldo del toison de oro, precedido de una larga fila de oficiales de armas, y llevando en la mano un faisán vivo, con un collar de oro adornado de piedras preciosas y perlas, se dirigió al duque, le presentó dos señoras, acompañadas cada una de un caballero de aquella orden, y le ofreció aquel pájaro en nombre de estas, recomendán-

(1) M. VILLANI, VII. 3.

dole á su proteccion. Cuando el duque lo oyó, dió al heraldo un billete que se leyó en alta voz en que hacia voto á Dios, á María, á las señoras y al faisán de combatir á los infieles, y todos contestaron con otros parecidos, imponiéndose hacer penitencias ó rasgos de valor: unos decian que no volverian á dormir en cama, otros no comerian á manteles, se privarian del vino ó de la carne, ó llevarian de dia y de noche las armas, ó se vestirían estameña y tela grosera mientras no se llevase á cabo la empresa; uno que cogeria la bandera del gran turco, otro que no volveria ántes de haber presentado al duque un Turco prisionero; cuál que, al volver, haria cualquier empresa de armas en tres reinos cristianos, cuál que llevaria por banderola la imágen de la Virgen; este que daría un mandoble en la corona de un rey infiel, aquel que combatiría con un Turco sin mas armas que un guante; todos querian sobrepujar á los demas, tanto mas cuanto que el vino los habia enardecido.

Por último, una mujer vestida de blanco con estas palabras escritas en la espalda *Gracia de Dios*, fué á dar gracias á los concurrentes, presentándoles doce damas que figuraban las virtudes, cuyo nombre llevaban escrito en la espalda; y que debian ser compañeras de expedicion para asegurar el buen éxito. Eran la fe, la caridad, la justicia, la razon, la prudencia, la templanza, la fuerza, la verdad, la generosidad, la diligencia, la esperanza, el valor; y habiendo leído cada una una estrofa relativa ó su significado, se pusieron á bailar y aumentaron la alegría de aquella fiesta.

¡Así se queria salvar la Tierra Santa!

Pareció que los ánimos se llenaban de fervor cuando los Turcos Otomanos ocuparon la Grecia, tomaron á Constantinopla y amenazaban de cerca la Alemania y la Italia. Entonces con mas entusiasmo que nunca excitaban los poetas á los príncipes á quitar al fiero Tracio aquella presa que injustamente poseía (1); los papas publicaron la Cruzada, se hicieron grandiosos preparativos y todos los potentados de Europa hicieron promesas que ninguno cumplió. Sin embargo, no eran solo los visionarios los que pensaban en la expedicion de Oriente; y aun despues que la opinion habia sustituido al sentimiento en las agitaciones de la política, cuyas necesidades calculadoras no habian destruido sin embargo la antipatía del pueblo á los Turcos, componia Bacon un diálogo *De bello sacro*; Mazarino dejaba seisientos mil francos para la guerra contra los musulmanes; el docto Job Ludolf (2) y Herminio Conring no meditaban ménos sobre ella que el exaltado Desmarets de Saint-Sorlin; el famoso capuchino fray José, consejero de Richelieu y hábil político, compuso sobre el asunto un poema latino, que Urbano VIII llamaba la *Enéida cristiana*; el elector de Magun-

(1) Tasso, *Gerus. liberata*. Prescindiendo de otros muchos, son conocidas las octavas de Ariosto en el *Orlando*, c. 17, y las de Camoens en los *Lusiadas*.

(2) *Libellus de bello turcico feliciter conficiendo*, 1686.

cia, Felipe de Schönborn, se hacia partidario de la guerra santa, excitado por dos grandes hombres, el baron de Boineburgo y el sublime Leibnitz.

Este tuvo gran interes en inclinar á los príncipes de Europa á combatir á los Turcos, en lugar de destruirse unos á otros, y procuró con empeño decidir á Luis XIV á conquistar el Egipto, haciéndole presente su importancia. Habiendo concebido el proyecto de reorganizar civilmente la Alemania, decia: « Entonces la Europa quedará tranquila; cesará de destrozarse sus propias entrañas, y pondrá su atención donde tantos honores, victorias, preponderancia y riquezas puede conseguir sin menoscabo de su conciencia y de una manera agradable á Dios. Entonces no se disputará por poseer lo que es de otro, sino por ver quién gana mas al enemigo que posee nuestras tierras; todos se afanarán por extender, no su propio reino, sino el de Cristo. Si Suecia y Polonia hubiesen dirigido contra aquellos bárbaros países las fuerzas que emplearon una contra otra, ¿no hubieran podido penetrar la primera hasta la Siberia y la otra hasta la Táuride?... Con tal que el emperador, la Polonia y la Suecia cedan de acuerdo contra los Bárbaros y procuren extender los límites (*pomerania*) de la Cristiandad, no deben tener otros planes, ni temer á los enemigos que están á su espalda, porque la bendicion de Dios se manifestará en favor de la justa causa. Por otra parte Inglaterra y Dinamarca harían frente á la América Septentrional, España á la meridional, y á las Indias Occidentales la Holanda. La Francia está destinada por la Divina Providencia para guiar á Levante las armas cristianas y dar á la Cristiandad Godofredos, Balduinos, y principalmente San Luis, que invadiendo el África colocada enfrente de ella, destruyan aquellos nidos de corsarios y ataquen el Egipto, que es uno de los países mejor situados; no le falta gente ni dinero para hacerse señora de aquel país mal fortificado... Este es el medio de adquirir gloria duradera, aplausos universales, victorias seguras, preponderancia inmensa, y tener una conciencia tranquila. Entonces se cumplirían los deseos del filósofo, de que los hombres no deben declarar guerra sino á los lobos y á las bestias salvajes, á quienes hasta ahora se parecen los Bárbaros y los infieles. »

Explicó su pensamiento de palabra y por escrito (1), y lo recomendó á los príncipes y ministros para halagar la ambicion del rey con aquel proyecto y las ventajas que en él se enumeran; pero la política reflexionaba y no sentía ya, y el ministro Pomponne le respondió: « En cuanto al proyecto de una guerra santa, sa-

(1) Cuando Napoleon emprendió la conquista de Egipto, fué sacado de los archivos este escrito de Leibnitz, pero se esparcieron respecto de él muchos errores por gente que no le vió. Léase en las *Mém. de l'Institut de France, savants étrangers*, vol. I, una disertacion de G. E. Gührner con los documentos originales.

« bed que han dejado de ser de moda desde San Luis. »

Y nosotros, puesto que así lo mandan, creémos que es necesaria al bien de la Europa la duracion de aquel poder inmoral (1); y solo repetimos los sueños de los hombres pensadores y morales, para manifestar que se debe reflexionar mucho ántes de considerar las Cruzadas como un delirio de los fanáticos é ignorantes.

## CAPÍTULO XVIII

Consideraciones sobre las Cruzadas.

Al hablar de la sangre prodigada en las Cruzadas, supongo que no se querrá compararla con los torrentes que se vertieron por los antiguos Romanos, ni con la que se derramó en las guerras dinásticas del siglo pasado por las sucesiones de España y Austria, y en los veinticinco años posteriores al de 1789. ¡Pero qué diferencia entre estas guerras! En las de los Romanos iba una nacion excitada por sus jefes á conquistar la patria de otra, á hacer esclavos, exterminar los habitantes ó á imponerles las leyes y costumbres de los vencedores. En las modernas son hombres sacados por fuerza de sus hogares, para matar ó morir sin saber por qué. En las Cruzadas se levanta la Europa como un solo hombre, y corre presurosa á librar de la esclavitud á sus hermanos y del infierno á los infieles para conseguir un premio eterno.

El concilio de Clermont no fué el motor de aquellas empresas, sino el efecto de la opinion pública; del mismo modo que la Asamblea nacional no produjo la revolucion, sino que la afirmó. Basta examinar el sentimiento general. Se miraba el cruzarse como un deber que todos tenian con Cristo: las ciudades enviaban tropas de valientes; el príncipe tomaba dinero á préstamo, dejando en hipoteca sus posesiones, el eclesiástico los beneficios; el baron enajenaba sus feudos; el poeta esperaba una corona celestial; el monje la palma de la perseverancia en la fe; la jóven, el viejo, la monja no se asustaban ante peligros tan diversos. Se perdonaban los portazgos á los Cruzados; en los contratos de boda los nobles se reservaban la libertad de cruzarse, podia la mujer impedir al marido que se encerrase en un convento, pero no el tomar la cruz (2) aunque tuvieran hijos.

(1) En 17 de julio de 1839, el señor Soult contestaba al Austria: « Tous les cabinets veulent l'intégrité et l'indépendance de la monarchie ottomane sous la dynastie régnante; tous sont disposés à faire usage de leurs moyens d'action et d'influence pour assurer le maintien de cet élément essentiel de l'équilibre européen. » En la cámara de los Pares decia el señor Guizot el 12 de enero de 1842: « Il y a parmi les Chrétiens d'Orient un mouvement naturel, résultant de ce qui se passe dans le monde depuis quarante ans, et qui les porte à l'insurrection et à la séparation de l'empire ottoman. Eh bien! je le dis très-haut, nous ne poussons pas à ce mouvement-là, nous ne l'approuvons pas, nous ne l'encourageons pas... Quand nous disons que nous voulons l'intégrité de l'empire ottoman, nous le disons sérieusement, nous le voulons au dedans et au dehors. »

(2) INOCENCIO III, ep. XVI: « Cum constet quod vocati ad